

Platon en su *Timeo*¹ da la misma definicion de Dios, que Moises, llamándole, *el que siempre es*.

Speusipo² en el libro de las definiciones, atribuido á Platon, define á Dios así: un Ser inmortal, que tiene su felicidad en sí mismo, de una esencia eterna, y autor de todo lo bueno que hai en la naturaleza.

Platon admitia como una consecuencia natural la imperfeccion en los cuerpos, y de aquí inferia, que estos habian tenido principio; lo que confirma muy bien todo lo que dice sobre la eternidad de un Dios incorpóreo.³

Hai un pasaje en Aristóteles, en el cual se explica, hablando de Dios, en los mismos términos que pudiera un Santo Padre de la Iglesia: *dice, que Dios es una sustancia eterna, inmóvil, separada de todo lo que puede ser percibido por los sentidos; que no tiene ninguna extension, y por consiguiente es indivisible*; y Ciceron se explica tambien en los mismos términos.⁵

Concluiré este artículo con un bello pasaje de Plutarco, que refiere aquí, siguiendo la traduccion de Amyot.⁶ “De

1 Deus ille, qui semper est, *Plat. Tim. t. 3, p. 34, 37.*

2 Deus immortalis, se ipso contentus ad felicitatem, essentia sempiterna; naturæ boni causa. *Speusippi Defn. ad calcem Platonis, tom. 3, pág. 421.*

3 Factus est (inquit) quandoquidem cernitur, et tangitur, et corpus habet... Corporeum autem, et aspectabile, itemque tractabile omne necesse est esse quod natum est. *Plat. Tim. pág. 28, B. et 31, B.*

4 Quod itaque est quedam æterna, immobilisque substantia, et a sensibus separata, constat ex dictis. Ostensum autem est, quod nec ullam magnitudinem possibile est hanc substantiam habere, verum impartibilis, indivisibilisque est.

5 Nec vero Deus ipse, qui intelligitur a nobis, alio modo intelligi potest, nisi mens soluta quadam, et libera, segregata ab omni concretionem mortali. *Tuscul. 1. cap. 27.* El Ab. Olivet llama á este pasaje, *el azote de los materialistas.*

6 Quod si idem accidit natura, quam tempore metimur, quod mensura ejus; ipsa quoque nihil est permanens, nihil ens, sed omnia sentia, et intereuntia, juxta eorum cum tempore comparationem. Itaque de eo quod est, non licet dicere, fuisse id, aut fore; quæ verba inclinationem significant, atque discessum, et mutationem, que locum in eo, quod est, non habet. Deus autem, si ita dicendum sit, est, et est nulla ratione temporis, sed æternitatis immobilis, tempore, et inclinatione carentis: in qua nihil prius est, nihil posterius, nihil futurum, nihil præteritum, nihil antiquius, nihil recentius; sed una cum sit, unico nunc sempiternam implet durationem; et hujus ratione, quod esse dicitur, vere est, non futurum, non præ-

“ lo que se infiere, que Dios es y existe, no segun alguna medida de tiempo, sino por toda una eternidad inmutable, “ é inmóvil, no medida por tiempo, ni sujeta á alguna alteracion: en la cual no hai pasado, ni futuro, ni mas nuevo, “ ni mas antiguo, sino una perpetua y real existencia presente, que con un *ahora* llena toda la eternidad; y ninguno “ na cosa tiene real existencia, sino él solo, sin que se pueda decir *ful, ó será*; sin principio ni fin.” Despues apela al testimonio de todos los hombres, para saber si ha habido jamas quien se haya atrevido á decir que Dios ha sido engendrado, y que puede perecer.^{1*}

CAPITULO III.

DE LOS ATRIBUTOS DE DIOS.

Las ideas que tenemos de perfeccion, y el convencimiento que debemos tener de que Dios es infinitamente perfecto, pues no puede concebirse un ente necesario sin concebirle al mismo tiempo adornado de todas las perfecciones, basta sin duda para convencernos de que Dios reune en un grado eminente é infinito cuanto puede merecer el nombre de perfeccion. De aquí resulta, que estas nociones primitivas acerca del Ser Supremo nos conducen fácilmente á descubrir sus atributos, que no son otra cosa que sus perfecciones infinitas.

Pero ¿cómo llegar á este descubrimiento, supuesta la limitacion de nuestras facultades! ¿Es capaz el entendimiento del hombre de comprender lo infinito! Sin duda que no. Si se trata de formarnos una idea clara y distinta, una idea perfectísima de Dios y sus atributos, es indispensable reconocer nuestra impotencia. Pero no se trata de esto, sino de concebir, cuanto es posible, la naturaleza y las perfecciones de Dios; y por lo mismo, tenemos cuanto basta para llegar á este importante resultado.

El hombre es una imagen de Dios, aunque imagen muy

teritum, neque orsum, neque defuturum. Sic itaque Deus nobis est venerationis studio salutandus, atque compellendus. *Plutarchi, de Dolphi, tom. 2, pág. 393, A.*

1 Interitui autem obnoxium, et natam nemo fere cogitavit esse Deum. *Id. de Stoicor. repug. tom. 2, pág. 1051, E, F.*

* *Dutens.* Reflexiones sobre el origen de los descubrimientos atribuidos á los modernos, IV parte, cap. 1.º pág. 260.

imperfecta y limitada. Esta semejanza del hombre con Dios, y la facultad que tenemos todos de concebir en un grado infinito, por decirlo así, las cualidades de nuestra alma y las prendas felices de nuestro corazón, pueden considerarse aquí como los elementos primitivos de que nos valemos para adelantar en el estudio de las perfecciones infinitas del Ser Supremo. Siendo el hombre una imagen de la Divinidad, claro es que tiene, aunque en grado limitado, las perfecciones de aquella; siendo el hombre capaz de conocerse á sí mismo, claro es que puede descubrir en sí mismo estas perfecciones; pudiendo quitarlas por el uso de la reflexión lo que hai en ellas de limitado y finito, claro es que puede considerarlas como infinitas; y como los atributos y perfecciones de Dios tienen este carácter, resulta que el hombre puede elevarse desde la contemplación de su ser hasta el conocimiento de los atributos de Dios.

Al discurrir de esta manera, nos hemos propuesto, ménos tomar parte en las cuestiones filosóficas agitadas en las escuelas de *Locke* y de *Descartes* sobre la idea de lo infinito, que manifestar un modo de conocer á Dios en sus atributos, sin excluir otros medios. Trátase de observar cómo el hombre no puede hallarse un solo instante sin Dios, pues con solo atender á lo que pasa dentro de sí mismo, se siente elevar hasta la primera causa. Ningún inconveniente pulsamos en mostrar lo infinito en lo finito, conservándonos, á pesar de esto, fuera del influjo doctrinal de las escuelas sensualistas. Dios hizo al hombre á su imagen: luego no repugna que veamos en el hombre la imagen de Dios, y que veamos en Dios el tipo del hombre. "El Profeta-rei dice que los cielos narran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos;" luego no repugna discurrir sobre lo finito para elevarse á la consideración de lo infinito. "Las cosas invisibles de Dios, decía el apóstol San Pablo, llegan á comprenderse con la ayuda de las cosas visibles que han sido creadas;" luego bien podemos partir de las cualidades buenas del hombre, aunque finitas, para llegar á las perfecciones infinitas de Dios. Dos teatros tiene la vida humana, la tierra y el cielo: se diría que en la tierra tiene que ver á Dios en todas las cosas; y en el cielo verá todas las cosas en Dios; y esto podría servir para caracterizar en cierto modo estas dos grandes formas distintas de la acción del espíritu en la existencia humana.

Entremos pues en este orden de ideas, para formarnos una de los atributos divinos por el simple uso de la razón. Discurriendo con separación sobre dos sistemas de atributos,

unos que miran á la sola existencia, y otros que concierren á la naturaleza misma del ser que nos ocupa.

§. I.

Primeros atributos de Dios.

Comenzando por nuestra simple existencia, conocemos que ella tiene una perfección relativa, y una imperfección absoluta. ¿Cuál es la perfección relativa? La reunión actual de todos los atributos que constituyen la esencia metafísica del hombre. He aquí el primer punto de semejanza que tenemos con Dios, y que nos ha dado tanta luz para conocer su existencia. ¿Cuál es la imperfección absoluta? El carácter de contingentes, que limita nuestra existencia, la dependencia precisa en que nos hallamos los unos de los otros, y por último, las vicisitudes de la vida, que nos hacen padecer tantas mudanzas y pasar por tantos grados de imperfección en la escala de la perfectibilidad. Consideremos pues la existencia sin estas imperfecciones, y tendríamos la idea del género de existencia que conviene á Dios. Si el hombre es dependiente, ya en la escala social, ya en el sistema físico, ya, por último, en su creación; Dios está sobre todo, no depende de ningún otro principio, ni está sujeto á la influencia de ningún objeto: luego es independiente. Si el hombre presenta, por explicarnos así, muy diferentes faces en el discurso de su vida; si está sujeto á un sistema constante de variaciones, así en su organización física, como en el uso de las facultades de su alma; si le vemos en su principio niño y sucesivamente joven, hombre maduro, viejo, y decrepito en fin; si unas veces sostiene los errores y otras defiende la verdad; si tan presto le vemos obedecer á las inspiraciones de la virtud, como lanzarse en el torbellino de las pasiones; Dios permanece siempre el mismo, siempre igual, siempre constante: jamás vienen á influir en su esencia nuevas modificaciones: para él no hai cosa que pueda llamarse nueva ó antigua, y la permanencia de su Ser en un mismo estado es un atributo exclusivo é inseparable de su esencia: luego Dios es inmutable. El hombre nace y muere; tal es la lei indispensable que debe mirarse como una consecuencia de su dependencia, mutabilidad y carácter de contingente; Dios no tuvo principio, no tendrá término: tal es la consecuencia precisa de su independencia, inmutabilidad y carácter de ente necesario. El ente necesario existe esencialmente, es decir, no puede concebirse un solo instan-

te sin existencia; luego no tuvo ni pudo haber tenido principio, no tendrá ni podrá tener fin: es así que, un ser que no ha tenido principio ni ha de tener fin, es eterno: luego Dios es eterno. Hemos visto ya, que con solo observar atentamente la naturaleza de nuestra existencia, podemos comprender de algun modo la naturaleza de la existencia de Dios; y por lo mismo, quitando á la primera cuanto tiene de imperfecto, limitado y finito, nos convencemos fácilmente, y vemos á la luz de una evidencia deductiva, que Dios es *independiente, inmutable y eterno*; he aquí sus primeros atributos, aquellos que contribuyen al conocimiento de la naturaleza de la existencia de Dios. Pasemos á los segundos.

§. II.

Segundo sistema de atributos.

Despues de haber recorrido aquellos atributos divinos que se refieren á la sola existencia considerada en abstracto, digámoslo así, nada mas natural que detenernos en aquellas perfecciones singulares, que nos descubre nuestra propia naturaleza, para elevarnos al conocimiento de las perfecciones singulares é infinitas, que no podemos ménos de reconocer en el ente necesario.

Hai en el hombre una alma y un cuerpo, sustancias diversas ambas, pero misteriosamente unidas para formar la naturaleza humana. Una y otra sustancia son efectos de aquella causa, supuesto que todo lo produce; de donde se infiere, que las perfecciones que en ambas llegemos á descubrir, han de estar contenidas de algun modo en la causa infinita que las ha creado. ¿Cuáles son estas perfecciones? ¿De qué modo están contenidas en Dios? He aquí las dos cuestiones que nos proponemos resolver en el presente párrafo.

I.

Perfecciones que hai en el hombre.

El hombre tiene en sí los atributos de la materia y los atributos del espíritu, porque está compuesto de cuerpo y alma. De aquí resultan dos consecuencias forzosas: primera, que recorriendo los atributos y perfecciones del hombre, se recorren los atributos y perfecciones de todo lo que existe, porque en el círculo de la existencia no hai mas que espíritus y cuerpos: segunda, que elevándonos al conocimiento de

las perfecciones de Dios, por el que lleguemos á formarnos de las perfecciones del hombre, le atribuimos de hecho, en el grado infinito que le convienen, todos los atributos y perfecciones que nuestro entendimiento descubre en el conjunto de objetos que en sí contiene y encierra la extension del universo. Veamos pues cuáles son estos atributos y perfecciones.

Haciendo el exámen de las facultades del alma, descubrimos en ella cuantas supone el doble objeto que tiene, y es el conocimiento de la verdad y la práctica del bien. En el entendimiento, que se dirige á la primera, descubrimos la atencion y el juicio, que en sus diferentes modificaciones nos dan por último resultado la capacidad de comprender las cosas y sus relaciones, que es lo que se llama *inteligencia*, y la de ordenar nuestras ideas á la consecucion de un fin, que es lo que se llama *sabiduría*. Los atributos principales del entendimiento, son la *sabiduría* y la *inteligencia*, cuya perfecta armonía constituye la *razon*.

En la voluntad descubrimos una facultad de obrar ó no obrar, que puesta en ejercicio, constituye la de obrar ó no obrar despues de haber deliberado: esta es la *libertad*. El buen uso de la libertad produce el bien, y constituye una perfeccion: el mal uso de ella conduce al mal, y es una imperfeccion. Los repetidos actos de una libertad perfecta producen un bien continuo, que como se ve, no puede ser sino el resultado del hábito; y el hábito de hacer constantemente el bien constituye la bondad en el hombre. El bien que se hace, puede ser encaminado, ó á favorecer á uno á quien nada se le debe, ó á dar á cada uno lo que le corresponde: lo primero se conoce con el nombre de beneficencia, y lo segundo con el de justicia. Resulta de aquí, que los atributos ó perfecciones de la voluntad, son la *libertad*, la *bondad*, la *beneficencia* y la *justicia*.

Pasando al cuerpo, ya hemos dicho que sus cualidades constitutivas son la extension, la impenetrabilidad y la figura. Estas tres cualidades vienen á refundirse en una sola, que es la extension: porque la figura no es mas que la extension terminada, y la impenetrabilidad proviene de la misma extension que ocupa determinado lugar, el cual no puede ser á un mismo tiempo ocupado por otro. Resulta de lo expuesto, que el carácter esencial de la materia es la extension figurada, é impenetrable. Veamos pues de qué modo se hallan todos estos atributos en Dios.

§. II.

Del modo con que se hallan en Dios los atributos y perfecciones de las criaturas.

Para saberlo, es preciso no abandonar un punto nuestras primeras ideas, y despojar por lo mismo á los atributos del hombre de cuanto pueda merecer la calificación de imperfecto y limitado, con el fin de atribuírselos á Dios de un modo infinito y perfecto.

Dios es inteligente como lo es el hombre; pero esta inteligencia no se resiente nunca de la debilidad y limitación del entendimiento humano. Por consecuencia de esta limitación, el hombre no puede comprenderlo todo, se equivoca las mas veces en sus juicios, engaña y es engañado; luego Dios, por consecuencia de su perfección, lo comprenderá todo, no podrá equivocarse nunca, no podrá engañarse ni engañarnos. ¿Cómo calificar pues, esta inteligencia soberana! Con el nombre de infinita; porque entendemos por infinito, segun hemos advertido ya, aquello que es tan grande y tan perfecto, que no puede ya concebirse ni existir otra cosa mayor ni mas perfecta. Infírese de aquí, que Dios es infinitamente inteligente; porque todo lo comprende, en nada se equivoca, y es incapaz de engañarse y engañar. Las dos primeras circunstancias constituyen la ciencia en un grado infinito, y la tercera, la veracidad en un grado infinito. Una inteligencia infinita nos da pues las ideas de *omnisciencia y veracidad* suma. Dios pues es *omniscio é infinitamente veraz*.

Que Dios tiene voluntad, es decir, la facultad de querer ó no querer, es una cosa que no exige demostración. Lo que importa examinar aquí son los caracteres de esta voluntad perfectísima, á cuyo conocimiento nos aproxima la experiencia constante que tenemos de los muchos vicios en que abunda nuestra voluntad propia. La facultad de querer ó no querer, ó sea la voluntad misma, tiene un objeto fijo, del cual no puede apartarse sin degenerar. Querer el bien, no querer el mal; he aquí el objeto de la voluntad, y por lo mismo el blanco de nuestros deseos y la norma de nuestra conducta. Pero el hecho es que, obedeciendo con demasiada frecuencia al impulso loco de las pasiones desarregladas, perdemos de vista nuestro verdadero objeto, nos empeñamos en seducirnos, nos extraviarnos del sendero, deseamos un bien sólido y estable, á trueque de conseguir un verdadero mal, que la

imaginación reviste siempre con las bellas apariencias y el colorido agradable de un bien. Tal es la consecuencia de nuestra imperfección y miseria, y el argumento mas adecuado para inferir que el ente sumamente perfecto, el ente necesario, tiene una voluntad exenta de esas deplorables alternativas, una voluntad infalible, una voluntad, en fin, eternamente fija en el único y verdadero bien.

El bien es consecuencia precisa de una libertad bien dirigida, y pues que la libertad produce semejante resultado, es en sí misma una verdadera perfección. Dios pues es libre, así como lo es el hombre; pero dirigiéndose la libertad de Dios constantemente al bien, esta libertad es infinita. En efecto, la libertad es tanto mas perfecta cuanto mas se acerca á su objeto, cuanto menor es el número de los obstáculos que pudieran extraviarla y el influjo de las pasiones que la envilecen, la debilitan, y muchas veces parece que llegan á destruirla. Dios está exento de este influjo maligno, es imposible atribuirle pasiones, porque nada debe tener que le degrade, nada que le combata, nada que le subyugue: luego no tiene obstáculo ninguno para el bien, y por lo mismo su libertad toca en el último punto de la perfección. Mas allá de este punto solo queda un nombre vano, el nombre de la *nada*, y como la nada no corresponde á ninguna idea positiva, tampoco puede comprenderse en la esfera de la infinita perfección. Si pues la libertad es tanto mas perfecta cuantos menos obstáculos tiene para el bien; si la libertad de Dios no tiene obstáculo ninguno; si por lo mismo toca en el último punto de perfección, y si este último punto de perfección es precisamente lo que entendemos por infinito, debe inferirse de lo expuesto, que Dios es infinitamente libre.

No puede ser infinitamente libre, sin amar constantemente el bien, amarle inmutable, amarle eternamente. Hemos visto que el amor del bien constituye la bondad; tambien vemos que el amor del bien está en razon directa del buen uso de la libertad, y que la libertad de Dios es infinita. Una libertad infinita es pues inseparable de una bondad infinita. Luego si Dios es infinitamente libre, es infinitamente bueno. Siendo el hombre una imagen de Dios, tiene sin duda algunos rasgos de su bondad. Por esto vemos tantos hombres ante quienes la posteridad se inclina á rendir un tributo debido á las grandes virtudes. El amor al bien es esencialmente expansivo, tiende á difundirse, y aunque en grados diferentes, siempre se hace notar en el empeño constante de favorecer á los otros. Esta inclinación á mejorar la suerte de otros hombres, á proteger al desvalido, á consolar al que

padece, á establecer asilos para la humanidad afligida, á poner á cubierto de la persecucion al hombre combatido, y á todo aquello que da por resultado un bien gratuito, se conoce con el nombre de *beneficencia*, palabra de que nos valemos, para conformarnos con el idioma filosófico; pero que reemplaza muy indignamente á la palabra *caridad*, consignada por el Divino Autor del Cristianismo en el libro santo del Evangelio. La beneficencia es sin duda alguna una perfeccion; pero aunque hai hombres que han logrado poseerla en un grado sublime, nunca puede ni debe compararse con la accion inefable de la bondad infinita de Dios sobre sus criaturas. El hombre hará muchos bienes, pero bienes por su naturaleza limitados: hacer un bien infinito, un bien que excluya todo temor, un bien que llene perfectamente el corazon humano, es atributo exclusivo de Dios. Un hombre podrá favorecer á su siglo, mas nunca lisonjearse de mejorar la suerte de la posteridad: favorecer á todas las generaciones y en todos los siglos es una obra infinita, y por consiguiente de Dios. Un hombre concebirá, si se quiere, los mas grandes designios; pero limitado por su naturaleza, tendrá que luchar á cada paso con la ignorancia, la imprevision, la debilidad; no atinará con todos los medios, no será capaz de ponerles en práctica; y al fin de una larga y penosa carrera, pasada en el ejercicio del bien, verá con cierta especie de sentimiento que nada ha hecho, respecto de lo mucho que aun queda por hacer: hacerlo todo, no dejar nada incompleto en la escala del bien, no es una cosa compatible con la triste y deplorable condicion de la especie humana, sino un atributo infinito, un atributo exclusivo de la Divinidad. Finalmente, el hombre consigue hacer un bien en que descansa su corazon; pero será dueño de conservarle! ¿estará en su arbitrio sacarle de la esfera de las vicisitudes humanas! ¿triumfará de las leyes de la naturaleza, de los accidentes de la fortuna, de la inconsecuencia de los hombres, de la muerte, en fin, que viene á poner término á sus acciones en el orden de la vida! Examinemos ahora ese carácter con que se manifiesta Dios en sus bienes. Los siglos, la naturaleza toda, los acontecimientos diversos están colocados siempre bajo su mano; y le basta querer, para que un bien triunfe de todas las contradicciones y quede á cubierto de todas las vicisitudes. Dios pues hace el bien, le hace sin límites, le hace con absoluta perfeccion, le hace universalmente, le hace constantemente, le conserva sin cesar. No darémos á este sublime atributo el nombre de *beneficencia*, palabra muy mezquina, que confundiria en cierto modo á

Dios con el hombre. Este atributo grande, esta efusion continua de la Bondad suma, esta mirada universal sobre todas las cosas, para que no falten á su destino, esta consagracion eficaz del universo todo á la felicidad del hombre, ese maravilloso encadenamiento de causas y de efectos, de fines relativos, con que todo lo dirige Dios á nuestro bienestar, es lo que designamos con el nombre de *Providencia*.

Dios, como infinitamente bueno, es esencialmente enemigo del mal, y por consiguiente, es un remunerador perfecto, que recompensa al que practica la virtud, y castiga al vicioso. Si estas dos clases de individuos corriesen la misma suerte, Dios no podria llamarse bueno, pues en este mismo hecho, es decir, en el hecho de nivelar á los unos con los otros, se mostraria tan indiferente á las virtudes como á los crímenes, no haria distincion alguna entre el inocente y el culpado, y quedarian sin explicacion, así los infortunios y trabajos del primero, como la prosperidad y los placeres del segundo. Si pues aun entre los hombres se reputa por un monstruo quien favorece al vicio y persigue la virtud, si en todas las naciones y en todos los siglos se ha visto con horror la injusticia y la iniquidad, ¿necesitarémos por ventura de llevar muchas páginas de argumentos, para dejar sólidamente confirmada la *justicia infinita* del Ser por esencia! Como infinitamente inteligente y sabio, comprende y aplica con absoluta y suma perfeccion las leyes de la justicia; como infinitamente bueno, las ama y observa: ningun impulso ajeno puede apartarle de estas leyes inmutables, porque es independiente, y se basta á sí mismo. ¿Qué obstáculo podria pues detenerle! ¿acaso la debilidad! mucho ménos: porque esta es una imperfeccion, un defecto incompatible con la idea de una perfeccion infinita. Así pues, es necesario concluir que conoce la justicia; que quiere y puede practicarla; y por consiguiente, que es *infinitamente justo*.

Hemos hecho algunas indicaciones comparativas, partiendo de las nociones que tenemos del entendimiento y de la voluntad humana: para concluir, dirémos una palabra sobre la *Omnipotencia*.

El entendimiento que concibe, y la voluntad que quiere, serian del todo inútiles, si á ellos no estuviese unida la fuerza que ejecuta. En el sistema actual de las cosas, la idea del poder se nos manifiesta cuando vemos ejecutarse nuestros deseos por el ascendiente de la autoridad ó por el uso de la fuerza; pero las ideas que tenemos del poder humano no bastan á cerciorarnos del poder divino, si bien suministran algunas luces para conocerle. El hombre no siempre

quiere lo que puede, ni siempre puede lo que quiere; y estas dos circunstancias limitan extraordinariamente su poder. Dios, al contrario, puede siempre lo que quiere, aunque no siempre quiera lo que puede. Resulta de aquí que lo puede todo; pero que no lo hace todo; y como la circunstancia de poderlo todo constituye la *Omnipotencia*, Dios es Omnipotente. Que Dios puede lo que quiere es una consecuencia de su carácter de infinito. En el supuesto de que Dios quiera algo, debemos convenir en que lo puede: porque si no, ¿qué otra mano había de ejecutar sus deseos? ¿cuál de los entes contingentes se lisonjearía de poder lo que no pudiese el ente necesario? Efectos aquellos de esta causa común, no tienen perfección alguna que no venga de Dios. Si pues fuera de ellos no queda mas que el ente necesario, preciso es convenir en que este es dueño de ejecutar todo lo posible: porque malamente llamaríamos posible lo que no pudiera ser ejecutado por nadie; y como Dios no puede querer sino lo posible, resulta de aquí, que puede todo lo que quiere, y que su poder es infinito.

Si de esta prueba metafísica pasamos al órden físico, desde luego se nos presenta el universo á revelarnos la creación; y la creación, á descubrirnos la Omnipotencia. Que un hombre haga entrar en combinaciones nuevas los elementos primitivos, varíe constantemente el colorido y la forma de los objetos materiales, imite y aun mejore los bellos cuadros, tome en sus manos el buril y el cincel, y á un impulso de su voluntad *anime el mármol y haga respirar el bronce*, todo esto es una maravilla de poder, una fuerza prodigiosa de acción, y una causa muy justa para sorprendernos y admirarnos: pero al fin, ninguna de estas cosas nos muestra el poder sumo, porque ninguna de ellas hubiera existido, si no hubiera contado el artista con la dócil materia que se amolda bajo su mano, y obedece al instrumento que la modifica. Pero crear, es decir, sacar de la nada una cosa, sin mas trabajo que mandarlo; decir *hágase la luz*, para que al instante brote del caos y le haga desaparecer; hacer que repentinamente existan y vuelen por sus órbitas inmensas esas masas enormes que pueblan el espacio; sacar de la voluntad, de un acto instantáneo de ella, al hombre y la naturaleza: he aquí las muestras inequívocas de un poder sumo, que nos confunde soberanamente, y lo que Dios ha hecho para revelarnos á un tiempo mismo nuestra pequeñez y su grandeza, nuestra nada y su esencia infinita, nuestra debilidad y su Omnipotencia.

Hasta aquí nos hemos detenido en las facultades de nues-

tra alma, para conocer algunos de los atributos de Dios; pero no basta esto, debemos aún investigar el modo con que se hallan en Dios las propiedades de los cuerpos.

Dios tiene esencialmente las perfecciones de la materia; pero las posee, sin participar en lo absoluto de su naturaleza material. Las posee de un modo mas noble, de un modo fundamental, de un modo eminente é infinito; las posee en la plenitud de su poder, en la plenitud de su inteligencia; las comprende desde la eternidad, y tiene el poder de hacerlas existir; las posee, por último, en su *inmensidad*, atributo que todo lo explica, cuando se trata de averiguar el modo con que se hallan en él las perfecciones de la materia. Dios es *inmenso*, y en esta *inmensidad*, que no es extensa, se encierra toda extension; en esta inmensidad que no se mueve ni divide, se comprende, en su esencia mas pura, cuanto se mueve, cuanto se divide y separa; en esta inmensidad, donde no hai sucesion, ni por consiguiente tiempo, están contenidas las generaciones y los siglos.

“¿Pero de dónde viene, pregunta un esclarecido filósofo, “que estando en Dios la extension, &c., no quiera yo llamarle extenso y corporal? Hai una extrema diferencia “entre atribuir á Dios todo lo positivo de la extension, y “atribuirle la extension con algun límite ó negacion. Quien “pone aquella sin límites, la cambia en *inmensidad*: quien “la establece con algun límite, constituye luego la naturaleza corpórea. Destituid á la extension de sus límites, y le “quitáis en el mismo hecho la figura, la divisibilidad, el movimiento y la impenetrabilidad: la figura, porque resulta “nada ménos que de los límites de una superficie; la divisibilidad, porque lo infinito no podría sin perder su esencia, ser disminuido, ni por consiguiente dividido, ni por consiguiente compuesto y divisible: el movimiento, porque si “suponéis un todo destituido de partes y de límites, no puede moverse mas allá de su sitio, pues no hai sitio mas “allá del verdadero infinito; ni cambiar la colocacion y situacion de sus partes, pues no tiene partes ningunas que “lo compongan: en fin, la impenetrabilidad, puesto que ella “no puede concebirse sin concebir dos cuerpos limitados y “diversos, cada uno de los cuales no pueda ocupar á un mismo tiempo el mismo espacio que el otro ocupa: es así “que no pueden suponerse dos cuerpos de la manera referida en una extension infinita é indivisible; luego en esta “no hai ni puede haber impenetrabilidad.”

1 Fenelon, de l'existence de Dieu, 2.^a part. chap. V. art. 1.^o

Conclusion.

De las ideas que acabamos de exponer se infiere claramente que Dios tiene en un grado eminente la parte positiva de las perfecciones de la materia, sin tener nada de corpóreo; y esto es tan evidente, que se halla íntimamente ligado con las primeras verdades. Para negar lo primero, sería preciso sostener el absurdo de que hubiese un efecto sin causa; para negar lo segundo, sería indispensable quitar á Dios lo infinito, y precipitarse en el ateísmo. ¡Qué mas se necesita! Asegurada la razon con la evidencia de estas primeras verdades, no deben inquietarla por cierto los sofismas y cavilaciones de un entendimiento orgulloso. Si queriendo pasar de aquí, persistimos en explicarlo todo, y queremos analizar á Dios, y nos empeñamos en hacer entrar su inmensidad en el pequeño círculo de nuestra inteligencia, decididos á no creer nada mientras no lo comprendamos todo, nuestra locura es irremediable y nuestra condicion en extremo lastimosa. Contentémonos con lo que se nos ha dicho, y no aspiremos á lo que no se nos quiere revelar: seamos dóciles á la inspiracion benigna de una razon exenta de preocupaciones, y esto nos basta para entender con claridad y triunfar de todos los sofismas.

Para concluir esta materia, permítasenos transcribir una demostracion sencilla de la existencia y atributos de Dios. Si no es una recapitulacion perfecta de cuanto hemos dicho hasta aquí, puede tenerse, á lo ménos, como una prueba natural y fácil, de que no queremos privar á cierta clase de personas, incapaces de elevarse á la esfera de las pruebas metafísicas y aun físicas que suponen mucha capacidad.

“No podemos, dice un célebre filósofo,¹ dejar de confesar cuán limitados somos. Cada instante advertimos la imposibilidad de tener ó hacer lo que deseamos; y nuestra felicidad, igualmente que nuestra vida, depende *en gran parte*, de cuanto nos rodea.”

“¡Pero los cuerpos, de que dependemos, tienen designio de obrar en nosotros! Sin duda que no, sino que ellos mismos dependen y obedecen al movimiento que les es dado.”

“La manecilla de un reloj señala las horas; pero no tiene voluntad de señalarlas, sino que obedece al muelle que hai en el reloj. El relojero hizo la manecilla y el muelle; y así, él es la causa, y el reloj es el efecto.”

1 Condillac, Grammaire, Précis des Leçons Préliminaires, art. V.

“Notamos en el reloj una subordinacion de efectos y de causas. La manecilla se mueve; he aquí un efecto. El movimiento le es dado por una rueda que obra en ella inmediatamente, y esta rueda es la causa del movimiento de la manecilla. El movimiento de esta rueda es un efecto con relacion á otra rueda que le da movimiento, y así sucesivamente. Vemos pues que desde el movimiento del muelle hasta el de la manecilla, hai una serie de movimientos, que son á un mismo tiempo efectos y causas, bajo diferentes respectos.”

“Un ejemplo mas familiar aclarará esto mas. Si formamos una fila de naipes, verémos que haciendo caer el primero, caen todos los demas; y observarémos, que la caida del segundo es el efecto de la caida del primero, y al mismo tiempo, la causa de la caida del tercero. Esto es lo que se llama una serie de causas y efectos subordinados.”

“Es evidente que en una serie como esta debe haber necesariamente una causa primera. Si no hubiese relojero, no habria reloj.”

“Si reflexionamos sobre nosotros mismos, quedáremos convencidos de que hai en nosotros, así como en el reloj, una serie de causas y efectos subordinados. Si reflexionamos sobre el universo, se ofrecerá este á nuestra vista como un gran reloj, donde tambien hai una subordinacion de causas y efectos.”

“Pero hemos visto que cuando hai esta subordinacion, existe necesariamente una causa primera: luego hai una causa primera que ha hecho el universo.”

“Para establecer esta subordinacion entre las cosas, es necesario conocer perfectamente todas sus relaciones, y por lo mismo, tener inteligencia de todas las partes. Un relojero no será capaz de hacer un reloj, si hai una sola parte cuyas operaciones ignore. Luego el artífice que ha hecho el universo, tiene necesariamente *inteligencia*.”

“Como la inteligencia del relojero debe abrazar todas las partes de un reloj, la inteligencia de la causa primera debe abrazar todo el universo. Si alguna parte se ocultase á su conocimiento, no sería posible colocarla con el órden que debe tener, y entre tanto su obra se destruiria, si una sola estuviese fuera de su lugar. Pero una inteligencia que lo abraza todo, es infinita; luego la inteligencia de la causa primera es *infinita*.”

“Pero si se ha de hacer un reloj, no basta la inteligencia sin el poder: luego la *potencia* de la primera causa se extiende tanto como su inteligencia, lo abraza todo, es infinita.”

“Una vez que esta causa primera lo abraza todo, debe hallarse en todo lugar; luego es *inmensa*.”

“Como esta causa es primera, debe ser independiente; porque si dependiese de otra, esta existiría primero que ella. Pero como es absolutamente necesario que haya una causa que sea primera, es manifiesto que esta misma causa debe ser *independiente*.”

“Siendo esta primera causa independiente, todopoderosa y de una inteligencia infinita, hará todo lo que quiera: luego es *libre*.”

“Esta causa no puede adquirir nuevos conocimientos, porque entónces sería limitada su inteligencia: luego ve á un mismo tiempo lo pasado, lo presente y lo futuro. Tampoco puede mudar de resolución; porque si mudase, no lo hubiera previsto todo; luego es *inmutable*.”

“Es consiguiente á su independencia, que no haya tenido principio; y que no tenga fin: pues si hubiese tenido principio, dependería del que le hubiera dado el ser; y si pudiese tener fin, dependería del que pudiera dejar de conservarla: luego es *eterna*.”

“Siendo inteligente, discierne el bien y el mal, juzga del mérito ó demérito: siendo libre, obra consiguiente; esto es, ama el bien, aborrece el mal, premia la virtud, castiga el vicio, y perdona al que se arrepiente y se enmienda. En todo esto no hace mas que lo que quiere, porque siempre quiere el bien, y no puede querer sino el bien.”

“Las cualidades de esta causa primera se llaman *atributos*. Al atributo por el cual castiga, se da el nombre de *justicia*: al atributo por el cual premia, el de *bondad*: al atributo por el cual perdona, el de *misericordia*.”

“La *omnipotencia*, que lo hace todo, la *inteligencia*, que lo arregla todo, la *bondad*, que premia, la *justicia*, que castiga, la *misericordia*, que perdona, se expresan con el solo nombre de *Providencia*. Este trae su origen de una palabra latina, *providere*, que significa *proveer*. Y en efecto, por medio de estos atributos provee á todo esta causa primera.”

“Una causa primera, infinitamente inteligente, omnipotente, independiente, libre, inmutable, eterna, inmensa, justa, buena, misericordiosa, y cuya providencia lo abraza todo, tal es la idea que debemos tener de *Dios*.”

No hemos querido extendernos, al tratar de los atributos de Dios, porque despues de probada su existencia, no hai motivo ninguno para dudar de sus atributos. Nos es imposible concebir un ente necesario sin concebirle infinitamente perfecto; y por lo mismo, todo lo que abraza la idea de per-

feccion está necesariamente comprendido en la idea que tenemos de Dios. Por otra parte, no son estos puntos contrarvertibles sino entre un pequeño número de insensatos, que se empeñan en contradecir la existencia, disminuir ó limitar los atributos del Ser Supremo, con el fin de sofocar los remordimientos y desempeñar al mismo tiempo el honorífico papel de sofistas. El verdadero sabio y el hombre del pueblo comprenden su limitacion y dependencia, y ocupan en bendecir la Providencia y alabar todos los atributos del Señor, el tiempo que gastan los incrédulos en combatir la primera y mas fecunda de todas las verdades contenidas en la ciencia del hombre y de la naturaleza.

CAPITULO IV.

ACCION DE LA DIVINIDAD COMO CAUSA PRIMERA Y UNIVERSAL DE CUANTO EXISTE.

No hai verdad sin consecuencias: ménos podrá estar pues en este caso la verdad por excelencia, la verdad fundamental que nos revela, tanto la existencia, como los atributos y perfecciones infinitas del Ser Supremo. Parecería excusado consagrar un capítulo especialmente á Dios en orden á su accion universal, si el gran principio de su existencia tuviese por únicos enemigos á los *ateos*; pero hai otra secta que resume todas las consecuencias del ateísmo, sin admitir su principio, y acepta los principios del teísta, sin admitir sus consecuencias. He aquí á los *deístas*. Tan recelosos de comprometerse con el *ateísmo* en la cuestion de principios, cuanto ligarse con las prácticas religiosas de los que admiten las consecuencias esenciales de la existencia, naturaleza y atributos de la Divinidad, los *deístas* son como los hipócritas respecto de la virtud, los mas declarados enemigos de Dios. Todavía mas: ellos recelan decidirse por el aniquilamiento absoluto de todo culto, y en defecto de una cosa positiva y autorizada, recurren á la razon, y han instituido una cosa que llaman *religion natural*. Mas esto en la realidad es una ilusion, una fascinacion ridícula que se hacen á sí mismos, una táctica disfrazada para hacernos pasar del *teísmo* y *espiritualismo*, al *materialismo* y al *ateísmo*; es decir, del verdadero ser del hombre al caos de la nada.

El carácter contingente de todos los seres es un hecho que queda demostrado, y que lo está por sí mismo, pues no

puede considerarse uno solo de cuantos constituyen este mundo visible con quien pudieran parecer inconciliables la idea de principio y la idea de destrucción. Pero el hombre, este noble ser que por confesión de todos los filósofos es un rei que gobierna todos los seres criados con el cetro del pensamiento; este ser á quien el célebre *Buñon* ha llamado, tan poética como exactamente, vasallo del cielo y rei de la tierra; este ser cuya incontestable primacía sobre todo lo que afecta á nuestros sentidos está reconocida, y que por tanto no podía declararse de condición mas baja que la materia inerte, este ser, volvemos á decir, nace, vive y muere. Todo pues figura como efecto y está sujeto á las leyes de una periódica duración. Este carácter de contingente que tiene todo lo criado, y se manifiesta por sí mismo, como acabamos de advertir, dándonos así la primera prueba de la existencia de Dios, figura como efecto, y por lo mismo presupone una causa; lo cual no puede concebirse sin la acción de esta causa, pues la aparición del efecto es una verdadera producción, y la causa no produce sino en tanto que obra. La acción de Dios es en su esencia un atributo necesario, es en la existencia de los seres un hecho de la mas alta notoriedad.

Analizando la materia, hemos palpado su inercia; contemplándola, sobre todo, en las constantes revoluciones de los astros, hemos sentido la necesidad de un primer agente: poniendo en práctica el criterio para valuar el poder humano sobre la materia, hemos concluido que el hombre no puede ser este primer motor. La acción de Dios es pues una verdad de consecuencia en el movimiento universal de la materia.

El cuadro del universo denuncia una creación; mas para fecundar la nada, para improvisar los mundos, es necesaria una acción infinita, acción que por cierto no comprenderíamos, si no contásemos con la idea de Dios. La creación misma es el testigo mas irrecusable de la acción de la primera causa.

Coligese de lo expuesto, que Dios es esencialmente activo; y como es esencialmente sabio, la creación tiene un designio, y el designio de la creación envuelve el empleo constante de los medios para que se realicen; y estos medios son, en buena lógica, la acción permanente de Dios sobre el universo que ha creado.

Si pues el hombre ocupa la primera escala de la creación, y es el único ser que ha merecido recibir la vida de la inteligencia, del aliento del mismo Dios, para poder ser y llamarse su imagen y semejanza; si el hombre renne, como la

principio decíamos, todos los contingentes de la creación, pues participa de la naturaleza de todos los seres, en él se reasumirán, digámoslo así, todos los pensamientos divinos en que se agitan los destinos del universo.

CAPITULO V.

DE LAS RELACIONES ENTRE DIOS Y EL HOMBRE.

Pues que la creación está manifestándonos de bulto el efecto universal de la primera causa, y en el hombre parece animarse todo el cuadro de la creación, es claro: primero, que entre Dios y el hombre median relaciones de la primera gerarquía, que conviene tener bien estudiadas para establecer sólidamente los verdaderos principios del orden moral. Veamos pues cuáles son estas relaciones.

Aunque no podemos comprender todas las causas finales, porque se nos escapa gran parte de las relaciones que tienen entre sí los objetos del universo, podemos afirmar la existencia de ellas, porque esta es una consecuencia precisa de los principios que hemos recorrido, y cuya evidencia se nos ha manifestado de la manera mas palpable. Si no podemos concebir á Dios, sin reconocer en su esencia una sabiduría infinita, tampoco podríamos comprender esta sabiduría, si hallásemos en las obras de sus manos una sola que no estuviese dispuesta y ordenada á un designio particular. Nada importa, por tanto, que se nos esconda muchas veces este designio, pues para suponer su existencia, basta saber que hai Dios.

Las relaciones generales que tienen con el globo que habitamos, el sol, la luna, &c., &c., nos hacen ver que todo ha sido hecho para el hombre, ya con el fin de proveer á sus necesidades diversas, ya para elevarle á contemplar la grandeza del Altísimo. El hombre siente la superioridad en que su alma le pone sobre todo lo mas grande que hai en la naturaleza física, y pues es capaz de elevarse hasta Dios, la misma contemplación de este Ser augusto y los sentimientos que inspira la circunstancia de ser el Criador, excita en el alma los mas vivos afectos. Un secreto impulso le conduce; el reconocimiento le inspira las acciones de gracias; su dependencia suma le inclina incesantemente á la adoración; y el ruego se escapa de sus labios, cuando la tribulación le persigue y el infortunio se esfuerza en abatirle. La primera

relacion de Dios con la humanidad es pues la de Criador; y esta relacion sublime engendra todos aquellos sentimientos que forma el culto y la religion.

Dios pues quiere recibir del hombre tan justos homenajes, puesto que le ha criado: ¿pero está al arbitrio de aquel el rehusarles? Lo hará ó no; mas en el primer caso hará el bien, y en el segundo hará el mal; y como Dios no puede ménos de reprobarnos el mal, pues es justo, es evidente que al criar al hombre le impuso el deber de practicar el bien, y le impuso, por tanto, una regla que debería ser la norma de su conducta. He aquí la segunda relacion que Dios tiene con la humanidad, la de Legislador de los hombres.

Si Dios ha criado al hombre y erigido en deber el culto que este debe tributarle, es porque ha querido ser amado sobre todas las cosas; y como la lei á que se dignó sujetarnos va encaminada precisamente al amor, y el amor tiende nada ménos que á unir los objetos que se aman, debe haber puesto por término y blanco de este amor su union íntima con la criatura. Esta union es incompatible con la vida presente, y en ella, por tanto, no puede hallarse nuestro último destino. Luego teniendo Dios con la humanidad la relacion que consiste en ser nuestro último fin, es claro que el alma es inmortal.

Dios Criador, Dios Legislador, Dios último fin: he aquí las relaciones de Dios con los hombres, y de estas relaciones parten directamente aquellas verdades que nos revelan al mismo tiempo la religion, la lei divina y la inmortalidad.

Mas como tales relaciones constituyen el objeto de los libros siguientes, no hemos querido hacer en este sino una indicacion mui general, cuanto baste para manifestar el orden de ideas que ofrece á la investigacion filosófica el estudio de la primera causa.¹

¹ Si se quiere una explanation de estas ideas, puede consultarse á Bergier en su Tratado de la religion, y el *Curso de controversia católica* por Delalle.

ESTUDIOS FUNDAMENTALES

SOBRE

EL HOMBRE,

CONSIDERADO BAJO EL TRIPLE ASPECTO DE LA RELIGION,
DE LA MORAL Y DE LAS LEYES.

LIBRO TERCERO.

Del último fin del hombre.